

La cuestión nacional en el marxismo: una historia de encuentros y desencuentros*

Guillermina Georgieff



Lo que sigue es una introducción al estudio sobre el “problema nacional” en la izquierda argentina de los años sesenta, que la autora aborda en su tesis de doctorado “El debate en torno a la Nación. 1960-1970”, inscripta en la Universidad Nacional del Sur.

El 13 de febrero de 1994 apareció en el *New York Times* un artículo de Richard Rorty titulado “The unpatriotic Academy” en el cual el pensador norteamericano se enfrentaba con la izquierda académica tildándola de “antipatriótica” por ser partidaria de la “política de la diferencia” tendiente a exaltar la particularidad radical de todo grupo étnico como garantía de realización personal y de justicia, rechazando la idea de una identidad nacional norteamericana y menospreciando el valor emotivo del orgullo nacional. El artículo desencadenó una polémica en la que intervinieron algunos de los principales intelectuales de la izquierda norteamericana que devino en un debate publicitado como “la querrela entre patriotas y cosmopolitas”. Marta Nussbaum, enrolada en el último grupo, contestaba que acentuar el patriotismo era moralmente peligroso y que en última instancia debilitaba estos mismos valores. Los autodenominados “cosmopolitas” negaban que la pertenencia a la nación tuviera un valor moral, en tanto que los “patriotas” replicaban que sin nación no era posible el ejercicio de la ciudadanía democrática.¹ Esta controversia, que sólo a un desprevenido que pensara ortodoxamente en el internacionalismo marxista lo tomaría por sorpresa, era la decantación de una problemática que está en los orígenes del campo marxista, a saber, qué actitud tomar para con la nación y los nacionalismos.

En realidad, la tensión entre lo nacional y lo internacional, y la “cuestión nacional” como problema en el campo de las izquierdas, se remonta al período anterior a 1917 cuando se desarrolló en el seno del marxismo una importante discusión

sobre el estado-nación y el nacionalismo que abarcó desde las formulaciones de Marx y Engels, pasando por el enfoque cultural de los marxistas austríacos como Otto Bauer y Karl Renner, y la posición de “izquierda radical” de Rosa Luxemburgo, hasta los juicios de Lenin y Stalin en las primeras décadas del siglo XX. A pesar de todo lo escrito y deliberado, el paso de la discusión filosófica-teórica al campo de la praxis y la puja política europea devino en la oclusión de las ideas directrices del marxismo respecto a la cuestión nacional y el internacionalismo. El hundimiento de la Segunda Internacional en 1914 significó el abatimiento del principio del internacionalismo proletario y el triunfo del nacionalismo: cuando llegó la guerra, la “nación” se impuso por encima de la “clase”. También el desastre de la Primera Guerra esclareció la naturaleza del socialismo europeo. Detrás de las propuestas marxistas se había desarrollado un socialismo que era al mismo tiempo reformista y nacional.

Y si la experiencia de 1914 cuestionó la propuesta marxista en el campo socialista, la de 1917 y los años que siguieron relativizó el internacionalismo del comunismo europeo. Desde su comienzo la Internacional Comunista tuvo en consideración dos cuestiones esenciales: si era posible realizar y afirmar a largo plazo la independencia política y económica de la Rusia socialista con respecto al imperialismo, y si la independencia nacional de la Unión Soviética podía tener algún sentido o función que la justificase históricamente desde el punto de vista del socialismo internacional. Los “radicales de izquierda” (L.

Trotsky, R. Luxemburgo) negaron la viabilidad de la liberación nacional de los pueblos dependientes con base en sus propias fuerzas. Stalin, por el contrario, afirmó la posibilidad de asegurar la independencia nacional de la Unión Soviética, y que ésta era necesaria pues era viable construir el socialismo primero en un solo país. La lucha nacional revolucionaria de la Unión Soviética para preservar su soberanía se convirtió en la lucha entre capitalismo y socialismo. Denegando su carácter nacional se la transformó en lucha internacional de clases e inclusive en “factor principal” para la liberación de las naciones oprimidas y el proletariado mundial.² Así, la Tercera Internacional estuvo dominada por un partido nacional único que pronto desarrolló su propia ideología nacionalista. La “revolución internacional” giró hacia el “socialismo en un solo país” y los acontecimientos de Rusia arrojaron más luz sobre el desarrollo de la relación entre socialismo y nación.

El balance luego de la primera mitad del siglo XX no se hizo esperar. Fueron muchas las obras que se escribieron acerca de la “cuestión nacional” y el marxismo desde dentro y fuera del campo de la izquierda a lo largo del siglo. La obra de Tom Nairn *Los nuevos nacionalismos en Europa* (1977) con su sentencia de que “la teoría del nacionalismo representa el gran fracaso histórico del marxismo” dio lugar a una notable discusión en el seno del marxismo inglés.³ Nairn expuso la conexión que existía entre nacionalismo y el concepto de desarrollo desigual del capitalismo: la expansión del capitalismo se había difundido y había aplastado las antiguas formas sociales que había a su alrededor dejando líneas de fisura que se referían a la nacionalidad y no a divisiones de clase, aunque a veces ambas se confundían. Aún como ideología o falsa conciencia el nacionalismo había tenido una funcionalidad en el desarrollo moderno tal vez más importante que la formación y la conciencia de clase dentro de las naciones-estados individuales. Para Nairn el socialismo se había convertido en la principal arma ideológica para la marcha forzada de toda una nueva categoría de territorios subdesarrollados. Se había fundido con los nuevos nacionalismos antes que con la conciencia de clase de los trabajadores de los países desarrollados. El nacionalismo había derrotado al socialismo en las zonas de alto desarrollo expulsándolo a sucesivas áreas

atrasadas, donde estuvo destinado a convertirse en parte de su enorme impulso por salir adelante, en una ideología del desarrollo o de la industrialización más que una ideología de la sociedad poscapitalista; ocupando esta posición dentro de la economía mundial se había convertido en un aliado subordinado del nacionalismo. La obra de Nairn revelaba que la adaptación entre nacionalismo y socialismo en los movimientos periféricos del corazón del capitalismo no era inferior a la que tenía lugar en la periferia global. Esta idea sería sostenida de forma similar por los teóricos de los movimientos separatistas radicalizados de diferentes países europeos, que trataron de descifrar en otras claves la relación entre izquierda y nacionalismo.⁴

Ahora bien, como correctamente había notado T. Nairn la discusión marxista sobre el problema nacional se había complejizado con el devenir del tiempo. El siglo XX fue testigo de cómo la continuación del proceso de descolonización africano y asiático coincidió con posturas y políticas nacionalistas-antimperialistas en la mayoría de los países del Tercer Mundo. No obstante, había una diferencia entre el nacionalismo europeo y el nacionalismo anticolonialista: la Revolución Bolchevique. A partir de 1917 Rusia ofreció dos cosas a los países descolonizados: respaldo al principio de la autodeterminación a los “movimientos de liberación” que se sumaban a la ideología socialista; y además, una teoría que demostraba que el socialismo y el nacionalismo compartían intereses comunes en la lucha antiimperialista. Las variantes sobre la teoría del imperialismo leninista penetraron profundamente en los nacionalistas periféricos modernos, ya que ofrecía un marco explicativo que ponía de manifiesto que el atraso y la pobreza no eran privativos de las sociedades marginales sino de la expansión imperialista que cifraba el crecimiento desigual del capitalismo, y también evidenciaba que autogobierno o independencia nacional no equivalía necesariamente a la autodeterminación.⁵

Si los nacionalismos de posguerra de los países del Tercer Mundo no tenían el mismo signo que los europeos, algo similar ocurría con las izquierdas del mundo periférico. Las ideas marxistas comenzaron a difundirse en algunos países de Latinoamérica en los últimos años del siglo XIX. La expansión de las relaciones capitalistas y



Frans Maseerel

el correspondiente incremento del movimiento obrero dio origen a los primeros partidos socialistas. Éstos, adheridos a la Segunda Internacional, fueron ganados por las tendencias reformistas y en consonancia con lo resuelto por la Internacional Socialista, dieron escasa importancia teórica y política al problema del imperialismo, el cual sería conceptualizado como una política expansiva de ciertos estados y no como una etapa específica del desarrollo del sistema capitalista, bloqueándose la posibilidad de un planteo correcto de la “cuestión nacional” en dichos países.⁶

La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa constituyeron el fermento de un vasto proceso de activación ideológica en los países periféricos. Se constituyeron partidos comunistas en la mayor parte de los países que adhirieron a la Tercera Internacional. Más allá del giro doctrinario que asumió, esta nueva proliferación marxista planteó bajo nuevos términos los problemas del socialismo en el mundo periférico, especialmente los que se referían a las relaciones entre las luchas antimperialistas y la revolución socialista. La adopción por parte de la Internacional Comunista de un eje estratégico sustentado en las ideas de que el socialismo era integralmente realizable en un solo país y de que la contradicción principal del período histórico abierto por la Revolución Rusa era la que oponía la URSS al conjunto del mundo capitalista restó atención a los problemas específicos del resto de las naciones, “quedando clausurado el campo teórico del reconocimiento nacional y del análisis diferenciado como sede privilegiada para una traducción latinoamericana del marxismo”.⁷

El debate en América latina

En América latina excepción a esta trama ideológica fue sin duda José C. Mariátegui, quien independizándose del dogma stalinista de diferenciación entre marxismo y nacionalismo revolucionario, realizó un esfuerzo por hacer una recomposición crítica del marxismo, al que convertiría en un instrumento apto para el análisis y la transformación de la realidad peruana, capaz de dar cuenta de los problemas nacionales específicos. El descubrimiento del problema primario del Perú señalaría el punto de partida de una “nacionalización” del discurso de Mariátegui y de una refundación

de su marxismo competente para el estudio diferenciado del proceso peruano, distanciándose de la concepción de la “cuestión nacional” de la Internacional Comunista, traducida en la liberación de las nacionalidades irredentas o en la autodeterminación de las naciones oprimidas, como así también de las posiciones indigenistas que sostenían la creación de una nueva cultura peruano-americana sustentada en las fuerzas raciales autóctonas.⁸ La “cuestión” nacional devino entonces en el pensamiento mariáteguiano, en el problema de la incorporación de las masas marginadas a un proceso constitutivo de la nacionalidad, que debía fusionarse necesariamente con un proyecto socialista.⁹

Ahora bien, la crisis del cuadro teórico y político del marxismo latinoamericano sobrevino a fines de la década de los ‘50 y comienzos de los ‘60, temporalmente coincidente con la emergencia de una nueva lectura europea de Marx. Aparecieron diversas claves de interpretación y tópicos de discusión que se autonomizaban progresivamente del *Diamat* y de los análisis europeos. El maoísmo y la ruptura chino-soviética (1958-1963), la Revolución Cubana y el castrismo, los movimientos de liberación del Tercer Mundo, dieron origen a divergencias políticas y teóricas que contribuirían a la proliferación de interpretaciones disímiles acerca de la manera de llegar al socialismo, a la reivindicación de una multiplicidad plurilínea de vías alternativas para el desarrollo histórico, haciendo posible, desde un contexto antiimperialista, “la unidad de la liberación socialista y la nacional”. Varios autores coinciden en señalar que las izquierdas en los países periféricos se identificaron con los discursos de orientación nacionalista, en tanto enfatizaron la necesidad de conformar estados-nacionales política y económicamente independientes, junto a la exigencia de analizar las condiciones externas de desarrollo de cada sociedad nacional en particular y de las regiones en general.¹⁰

La imposibilidad de reducir el ejemplo de la Revolución Cubana a los modelos clásicos, su heterodoxia teórica, con la adopción del marxismo por un lado, y la continuación del pensamiento martiano por el otro, obligaron a la izquierda latinoamericana a un análisis de la estructura social de los países de América Latina, a revisar la “cuestión nacional” con relación al rol de las distintas

clases sociales, a reconsiderar el etapismo en la teoría marxiana, a discutir si la revolución proletaria la encabezarían los partidos comunistas o los movimientos nacionales. Su impacto dio lugar a la construcción de un discurso marxista en clave voluntarista que recuperaba el humanismo marxista, la ética revolucionaria, la función del mito en la constitución de la voluntad nacional, del hombre como productor de la historia.¹¹ La perspectiva de la formación del sujeto revolucionario desde la confluencia de contingentes políticos diversos en sus identidades en la lucha por el poder y en el empleo del marxismo como instrumento conceptual, determinados por el fenómeno mundial de la “conciencia socialista”, fue una de las consecuencias renovadoras que introdujeron los revolucionarios cubanos.¹²

Como resultado de este desplazamiento de los centros de gravedad tanto del nacionalismo como del socialismo de su base europea hacia Asia, África y Latinoamérica, encontramos peculiares combinaciones de ambas ideologías que dieron lugar a una propagación de nacionalismos marxistas y de marxismos marcadamente nacionalistas. La concurrencia de concepciones nacionalistas y socialistas en las ideologías de los movimientos y partidos de izquierda se dio en la mayor parte de la América de habla latina y en el Caribe anglófono, posibilitando la emergencia de los denominados “comunismos nacionales” o “socialismos nacionales”. En ellos convergieron componentes ideológicos tradicionalmente nacionalistas como el énfasis en la necesidad de conformar un estado poscolonial, política y económicamente independiente de agentes externos, la importancia de una identidad nacional definida, propuestas antiimperialistas o anticolonialistas, el cuestionamiento del papel de las corporaciones transnacionales y de los intereses estratégicos de los Estados Unidos en el hemisferio. Conjuntamente, ideas socialistas que contuvieron mayores o menores dosis de radicalismo y que fueron desde un mayor control por parte de los trabajadores de los recursos y beneficios de la economía nacional hasta la imposición de una “dictadura del proletariado” por parte de un partido revolucionario. La imagen de una construcción fragmentaria e inconclusa de la nación y una conciencia nacional frágil, junto a la afirmación de una correlación entre indefinición nacional y cambio social, estuvo li-

gada en muchos casos a la problemática étnica. Así, los discursos de ciertos socialismos nacionales giraron alrededor de la problemática indígena o negra. La adaptación ideológica y práctica entre socialismo y nacionalismo operada en América Latina al promediar los años sesenta permitió pensar el cambio de situación de los sectores marginados y étnicamente diferentes ligado al “rescate de la nación”, amalgamándose de este modo, las tareas de constitución de la nación con las de la liberación popular y la construcción del socialismo.

La controversia en la izquierda argentina

En los campos político e intelectual argentinos la discusión sobre el “problema nacional” en los años sesenta y setenta se centró en intelectuales políticos de diversas corrientes marxistas y nacionalistas revolucionarias: Juan José Hernández Arregui, John William Cooke, Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Héctor Agosti, Silvio Frondizi, Milcíades Peña e Ismael Viñas, instalaron entre ellos una serie de controversias en torno a dicha cuestión que permitieron el establecimiento de las claves de lectura de lo nacional dentro del campo de las izquierdas argentinas de esas décadas. Anunciaremos brevemente aquellas que nos parecen más sobresalientes.

El trazado de las líneas de discusión que construyeron los nuevos discursos sobre la nación exigió preliminarmente, o mejor dicho, tuvo como condición previa la resolución de tres problemáticas dentro del campo de la izquierda que se orientó en dirección crítica del pensamiento de los partidos tradicionales (Socialista y Comunista): **primera**, cómo entender el proceso político, y específicamente el fenómeno peronista, discusión que se tornó circular pues se afirmaba que no se había entendido el peronismo porque no se comprendía el problema nacional, y a su vez se sostenía que sólo una correcta caracterización del peronismo podía precisar la “cuestión nacional” argentina; **segunda**, cómo leer la teoría marxista en un país semicolonial; y **tercera**, cómo elaborar un pensamiento de izquierda en Argentina. Las respuestas fueron disímiles y en función de ellas se edificaron las distintas representaciones sobre lo nacional que pese a sus diferencias con-

vergieron en el tratamiento de ciertos elementos diacríticos que cruzaron la polémica.

En primer lugar, el imperialismo fue el “otro” explicativo del drama nacional que la izquierda instaló en su discurso como categoría central capaz de explicar toda la trama de la historia nacional. Encuadrar la problemática nacional dentro del marco de los procesos de liberación nacional requirió una definición del hecho imperialista y del devenir de la nación argentina en ese contexto. Un diagnóstico común desde una matriz conceptual marxista definía la historia de la nación como un producto de la Modernidad, y en ese sentido, era inherente a su configuración el proceso de unificación económica a través del crecimiento de un mercado interno que posibilitara el desarrollo de un capitalismo autónomo. Empero, la construcción del estado-nación argentino había estado condicionada desde un principio por el hecho colonial que había determinado que la conformación de la nacionalidad argentina –y de las americanas en general– tuvieran la particularidad de ser procesos inconclusos y divergentes de los producidos en Europa. La organización del país como unidad política y económica se había cumplido en función de factores exógenos. En consecuencia, el principio de las nacionalidades en América Latina estaba signado por el estatus semicolonial de las mismas, estatus que aún en la actualidad impedía la consagración de los países americanos como naciones reales ya que sólo existían naciones formales o nominales, frutos de una aparente independencia político-jurídica que velaba la verdadera condición dependiente de los estados americanos. La discusión se centró en la dilucidación sobre si el imperialismo era un agente conspirativo externo o interno, que actuaba en distintos planos al unísono: económico, político, cultural.

El carácter estratégico de la revolución nacional, junto a la naturaleza y el rol que le cabría a la burguesía nacional en dicha revolución constituyeron otro tópico común de esos debates. El grado de dependencia o independencia de las burguesías nacionales frente al imperialismo y sus posibilidades progresistas (entendidas como la capacidad para llevar a cabo las tareas democráticas nacionales inconclusas), estableció una línea divisoria entre aquellos que participaron de la idea de que la burguesía industrial argentina te-

nía intereses contrapuestos al imperialismo, y los que consideraron que la burguesía argentina era antinacional y contrarrevolucionaria por estar ligada a los intereses “oligárquico-imperialistas”.

La articulación de los conceptos “pueblo” y “nación” fue un tercer nudo problemático. Se construyó un imaginario –compartido por buena parte de la izquierda latinoamericana– organizado sobre la identificación normativa entre pueblo y nación, y el reconocimiento de las élites como externas a la nación. ¿Quiénes componían el campo de la nación? La respuesta a esta pregunta fue resuelta en consonancia con las tradiciones ideológicas de las que se procedía, inclinándose algunos por una definición política y cultural, y otros, por una caracterización social.

El reconocimiento de la vinculación entre política e historiografía en el rescate del papel de la historia para el registro de la nación, y la problematización del pasado como instancia de legitimación de un orden social deseado fueron observaciones compartidas por estos intelectuales políticos. Un pasado antiguo o primordial era esencial a la empresa de formar la nación. Restablecer una cronología para los hechos trascendentes del devenir de la nacionalidad, identificar a los auténticos hacedores de la nación, permitiría no sólo relacionar el pasado con el presente sino, más importante aún, con el futuro. De esta manera, los referentes de las izquierdas argentinas se aprestarían una vez más, al redescubrimiento, a la reinterpretación y regeneración del relato del devenir de la nación, deconstruyendo la historia que había permitido la consolidación de la nación “oligárquica-liberal”.

Por último, la discusión sobre la “cuestión nacional” remitió a la idea-fuerza de la integración latinoamericana. Desde las formulaciones de Ramos y de Hernández Arregui que consideraron a Latinoamérica como nación inconclusa y en cuyos abordajes la indagación de lo argentino constituía un episodio de una búsqueda más amplia, la de los senderos de la Revolución Nacional Latinoamericana; hasta las propuestas de integración económica y política de Agosti, Puiggrós, Peña o Frondizi, asistimos a la preocupación por articular las instancias nacional y continental. Si bien en Hernández Arregui y Ramos esas reflexiones se autodesignaban deudoras de una tradición dentro del pensamiento político argentino ini-

ciada por Manuel Ugarte, que había propagado la idea de la unidad latinoamericana, fue en esta problemática donde la Revolución Cubana adquirió toda su significatividad al ser concebida como vanguardia de la segunda emancipación americana.

En suma, si bien ya en las décadas inmediatamente anteriores el “problema nacional” fue tema de reflexión en algunos sectores de izquierda, fue a partir de fines de los años cincuenta cuando comenzó a intervenir como un elemento organizador de la cultura de izquierda argentina, y la nación como “tarea inconclusa” sería la empresa que concite la atención e impulse la acción y los proyectos de muchos sectores del campo marxista de nuestro país. _

* Quiero destacar la importancia de la existencia del Ce.D.In.C.I. para la consecución del trabajo. Allí he consultado numerosas publicaciones, entre ellas, las revistas *Izquierda Nacional*, *Nueva Era*, *Cuadernos de Cultura*, *Pasado y Presente*, *Estrategia*, *Liberación nacional y social*, *Liberación*, *Peronismo y Liberación*; como también el semanario *Lucha Obrera* y el periódico *Nuestra Palabra*. A esas lecturas se ha sumado la de volantes, folletos y libros imprescindibles para el tema abordado.

- 1 AAVV, *Cosmopolitas y patriotas*, Buenos Aires, FCE, 1997.
- 2 Mármora, J., *El concepto socialista de nación*, México, Pasado y Presente, 1986.
- 3 Nairn, T., *Los nuevos nacionalismos en Europa*, Barcelona, Península, 1979. Una crítica interesante a su tesis es la de E. Hobsbawm en *Política para una izquierda racional*, Barcelona, Crítica, 1993.
- 4 Sádaba, J., *Euskadi. Nacionalismo e izquierda*, Madrid, Talasa, 1998.
- 5 Jay, R., “Nacionalismo”, en AAVV, *Ideologías políticas*, Madrid, Tecnos, 1993, p. 204.
- 6 AAVV, *El marxismo en América latina*, Buenos Aires, CEAL, 1972.
- 7 Aricó, J., “Marxismo latinoamericano”, en Bobbio, N., Matteucci, N. y G. Pasquino, *Diccionario de política*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1995, Tomo II, p. 949.
- 8 Mariátegui, J. C., “Tesis ideológicas. El problema de las razas en América Latina”, en J. C. Mariátegui, *Obras*, La Habana, Casa de las Américas, 1982. Tomo II, pp. 169-185.
- 9 Terán, O., “Mariátegui: la nación y la razón”, en Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986.
- 10 Castañeda, J., *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Ariel, 1994; Servin, A., “Socialismo y nacionalismo en la ideología de la izquierda del Caribe de habla inglesa”, en *Revista Occidental. Estudios Latinoamericanos*, A. I, nº 4, 1984; A. W. Wright, op. cit.
- 11 Aricó, J., “Marxismo latinoamericano”, op. cit., p. 956.
- 12 Villamor, C., “Nacionalismo revolucionario y marxismo-leninismo. Cooke y el ‘Che’”, en *Seminario Científico Internacional. El pensamiento revolucionario del ‘Che’*, Buenos Aires, Dialéctica, 1988, p. 103.